

HERNÁN LAVÍN CERDA

CEREMONIAS DE AFAF

(1975-1979)

PQ8098

22A9

047

UNAM



197833

BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Ceremonias de Afaf (1975-1979)

HERNÁN LAVÍN CERDA

CEREMONIAS DE AFAF
(1975-1979)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 1979

COLECCIÓN
CUADERNOS DE POESÍA

Director: Huberto Batis

Coordinación de Humanidades
Dirección General de Publicaciones

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL

CLASIF. PQ8098

.22 A9

C47

MATRIZ 423619

ADQ. 197833

Inv
BC 2021

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

Primera edición: 1979

DR © 1979, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-58-2623-4

Be-197833 - 197834 (2 ejes)

ADVERTENCIA

Este libro nació durante un viaje clandestino a Turquía. Allí conocí a la madre de Afaf, pero acabé por deslumbrarme bobaliconamente cuando caí bajo el poder visual de su nieta que, como su abuela, era muda, casi descabezada y obesa, aunque poseía una lengua nacida para el ditirambo, el silbido exquisito, casi de violonchelo, y la cacería de hormigas.

En fin, de aquí no paso. Desde este minuto los invito a hundirse en estas ceremonias y, por si las dudas, o las abejas, demandando por adelantado vuestra piedad.

H. L. C.

México, D. F., 17 de enero de 1979

Be- 197833

PRIMERA LLAMADA:
ORTODOXIAS/HETERODOXIAS

Los dioses dependían de nosotros
 cuando los hombres cultivaban el simulacro
 de la imaginación representativa.
 El paso del ateísmo

a la teofanía
 nos hizo depender de ellos.

Una vez más,

el parto de la víctima es un verdugo
 imberbe.

Somos imaginativamente culpables
 y la fotofobia no es causa,

no es consecuencia:

—Es el mito

universal.

Con ese olor almizcleño de la macuba
 te abres

sobre mí pero te cierras:
 antes de abrirte

te cierras,

mucho antes

de cerrarte te cierras

y sin embargo no alcanzo a volverme loco.

Bacana, madamisela, mía partera fatua:

—Todo será, al fin, como un tango
psíquicamente
veloz.

3

—Si no eres bacana mía
tú no existes.
Y te juro, por el puñal en mi frente,
que este Ojo
borgoñón y perezoso
no te dará
la vida.

4

La memoria es un arte olvidado.
El método nunca será un arte, Domingo Soto.
Acabas de perder toda memoria.
¿Qué fue del júbilo
del olvido?
Cuídate de los sombreros, mucho cuidado con sus alas:
no hay peor calvicie que un discurso político,
no hay peor cefalea que un buen discurso político.
Cuídense del virus turco, las orgías del enano,
o el fin de nuestra historia
expósita
cubierta de moscas.
Pagana.

10

5

Al undécimo fusilamiento,
—todos bailábamos
la zamacueca del arte olvidado:
el vals
de la memoria o el tango
del Emperador.

6

Decimonónico
el ojo
que me confunde con el demonio
cuando llevo la cruz en la frente.
Pero el ojo se entusiasma, se documenta, estudia la
liturgia y
—osillo pernicioso—
construye al fin la nueva iglesia.
Todo se ha consumado:
el nieto del tío Matto sonríe desde la tumba
y el tío Matto se sube al árbol,
hace de su frenillo un símil,
da el latigazo
y se orina sin audacia.

7

¿Todo impulso vital es teocrático?
Homicidios
de la teocracia cariñosa.

11

en cada bostezo
y agitar lúcidamente la úvula
como el avestruz
tunecino.

¿Toda duda es ideológica?
Caníbal y religiosamente,
sospecho
que toda ideología
es ideológica.

9

—Sólo confío en el espíritu demótico
de los nunca bautizados,
solloza el tigre niño
fertilizando a su madre.

de lenguas
es un diagrama tántrico
es un río
es el teatro de otro río:

13

di

minuto, sólo (des)creo en la verosimilitud
del simulacro.

13

Nada es nuevo en lo que digo.
Anarquía del decir: anacronismo.
Solit(d)ario fui: díganme muerto.
¿Fue dicha

en mí la verdad?

Seminal en teofobia,
sólo creo en las Naciones Unidas
y en el simulacro del brujo yaqui
cortándose las venas.

14

Cuando los olmecas se encerraron a comer

en las

cavernas,
el único niño
habló de la momentánea sierpe umbilical.
Entonces vino el castigo:

dos tigres
abandonaron la luna

hasta el fin de las huellas.

15

El padre de Afaf
fue tan carnívoro

14

que se comió al tigre de la abstracción
cuando el jaguar conseguía que Afaf devorara los
relieves abstractos

del guadamecí escondido
en mi bragadura.

16

¿Enfermo que muere no come?

Enfermo que muere

se come a sí mismo

bajo la metamorfosis
del sol.

17

—También yo fui reverberante,

obispal, capcioso,

pero aquí vienen a cortarme la lengua.

18

¿Qué fue del metacarpo,

los húmeros,

los cóndilos?

La estratigrafía

dirá si alguna vez tuvimos miedo.

19

Sólo

en el paganismo la belleza

es

absoluta: cruel: solit(d)aria.

15

¿Cómo se puede evitar la mordedura
de los insectos?

Mordiéndol(n)os sin que nadie
lo sospeche

o en su júbilo nos cubra
de hormigas.

Líbreme Karl Marx de ser un pesimista:
Envidi

oso —osillo, osillohhh,
diré que el progreso nace
de la desconfianza colectiva.

De las herencias de mi padre
sólo descubro esta bigotera, esta biblia de pastas
verdes,
esta santa de carnes oscuras, este poco de pólvora
y algunos instrumentos de placer
entre vendas elásticas para los tobillos.

Bajo el flamboyant examino la fotografía
del último de los torturados en Abisinia,
y juego con la primera de siete hondas muy antiguas
que encuentro junto a su tumba.

La madama tuvo jeta caprina y nadie supo
si llegó de París

o es hija de parto bestial.

Vino caminando con su rollo de papel bajo el brazo
y se detuvo junto al Señor del Monte.

La estratigrafía no dirá nunca
quién desplazó a quién:
aún el hombre tiene desconfianza
del semen femenino.

¿Dónde están los cuboides, los carpos, los húmeros?
¿Qué se hizo el trocánter mayor?

¿Dónde

la ríspida úvula?

Nunca Dios tuvo hígado:

devuélveme

lo robado, cómpramelo.

No sé si reír o seguir riéndome.

Todo es este gato:

unívoca sombra de Dios

copulando con la marta.

Todo es este gato volante:

multívoca el ave gatuna

en el fondo del paraíso.

No está Dios:

ninguno de nosotros
convertirá la tróclea en clavícula.
Esta es la noche, yo me arrincono y devoro los huevos
de la jactanciosa tortuga.

25

Sube en mí el odio de los dioses:
soy el sectario

que reniega de todo animalito.
Desde el cadalso veo cómo madura la mazorca
en una gaveta con hormigas plateadas.
Cúbrome los ojos,
no soporto
el brillo de la tumba.

26

Orozimbo
ha descubierto el misterio
de los rayos
ultravioleta,
pero Edipo pertenece al reino de las computadoras y
se esconde del sol
y olvida
el arrebató ceremonioso de la luz,
dejándonos como herencia
este hígado
depresivo
y
cínico.

18

27

Estarás en pecado mortal, Fulvio Galecio,
por negarte a la evidencia

y actuar como un ateo
cuando Nuestro Señor del Gran Cordel
te fue champañizando
con sus poderes siempre obscenos.

28

Desde el ojo del pulpo
yo abro el juego:
sospecho
que estás en pecado mortal, Eliana Cerda,
con tus tres círculos verdes
en la cabeza.

La Academia Sueca

se cubrirá de orgullo
cuando me conceda el Premio Nóbel de Literatura
—una pausa, una gota en el ojo, otra pausa—,
a las once horas del viernes 21 de octubre
del año dos mil quince.

Posiblemente
habrás perdido tus pelos angélicos
y yo no seré tan ortodoxo
como para disfrutar
del lujo
evanescente del rechazo.

19

Mi primo Tito Cerda Llona quiere mucho a su prima
y ella no lo ha querido nunca
pues mi hermana sólo me quiere a mí,
pero yo todavía no sé si quiero a la prima
de mi primo Tito Llona.

No le digo Cerda: mi tía Lila dice que ningún Cerda
es enfermo mental.

Sin embargo, se cierra en mí el ojo del pulpo y
niégome:

Tito

pronosticó la muerte de mi tía Clotilde,
hace nueve meses,
cuando ella cantaba boleros en la Opera.

¿Qué hacer con esta falsa unidad de la manzana?

Una vez más mi duodeno en su silla de ruedas:
¿quién te manda comer carne de bazo
a la luz de la luna?

Mejor hubiera sido que te alimentes
con los intestinos de Santa Apolonia
o la sangre
de Valle-Inclán, el codicioso espectro en su armadura.
Llovía y salimos a la calle
como si fuéramos tres obispos.

Poco

a poco fui mordido por los girasoles:

sus tetas resplandecían y estábamos patidifusos
hasta que de súbito volví a sentir la voz
como un fiscorno con espíritu.

Bravo, me dije:

¿una vez más la silla de ruedas
bajo el esqueleto de mi duodeno en su armadura?
No sé, pero me duele el capacete
y las medias de seda que no besamos por
conmiseración,

por el tortuguismo de nuestra lengua.

Nora me dice que cultivo la ambigüedad de los
condes, su septicemia.

Sea o no lo sea, del cómico fui su orgullo inútil
y este hipogastrio se desangra,

una vez más,

como lo gregario del toro sobre la silla de ruedas.

Al fin los hombres se arrepienten.

Hasta las víctimas caminan descalzas

y con sus asesinos juegan al tute de reyes.

Como las langostas, nadie olvida las astucias
del arte ecuestre.

Con lentitud observamos la sombra del caballo
y estamos orgullosos de haber sido repugnantes
y buenos.

Bestiales, fuimos la contradicción del simulacro.

Sin embargo ya nadie cultiva el don de la ubicuidad.

Ninguno se reconoce en el talento del buey
que agoniza sobre el césped.

33

A pesar de todo seremos bestias
porque mi hijo dice que la vida se repite.
Poco importa cuál es la realidad:
todos seremos colifúnebres
y mi novia de Turquía podrá ser la más enigmática
de las anfisbenas:
¿con qué lengua me miras, por qué ojo me ciegas?
Devuélveme la libertad,
aunque este robo se repita.

34

¿Y los que fuimos bestias,
podríamos dudar que la manzana está sabrosa
y sobre el muerto las coronas?
Todo paisaje es absurdo, perpetuo como esta pierna
que agoniza en su talón.
Cualquier tobillo es digno de romperse
y cada uña llora por el espíritu
del tobillo que aún sigue con vida.

35

Si quieres descubrir una mano que te ayude
no la busques,
 augustamente,

22

hacia el fin de tu brazo,
sino bajo el puente levadizo
 de tu lóbulo frontal.

36

¿Qué fuimos sino el póstumo
 cautiverio
del pibe satiricón?

37

Escolástica perdularia, cruel, maravillosa.
Sólo el viento es la última ley:
como aquella euforia del ojo leguleyo
que padece sus dos ojos
a cada lado de la nariz horripilante.

38

La vida, como el perro,
 se orina
turbiamente:
 los ángeles lo saben
 y se orinan
con la ética del hipertenso.
Dios
también lo sabe
y se muerde los labios como Fulvia de Galecio,
la amante del paralítico
que sólo juega con las palabras.

23

39

Algún día seremos inocentes
y habrá que empezar

de nuevo. ¿Cómo, por dónde,
con qué taras bulba, con
qué lengua sin ojos,
con qué ojos?

40

¿Enalbardado?

Con la bradipepsia,

con el espíritu
de un solo diente.

Ya ni siquiera gurrumino.

Ya ni siquiera

feliz.

Ya

ni siquiera ni tampoco.

¿Niñito?

41

Sinistrórsum, caballeros, sinistrórsum:

camandulera, perdularia,

devocionariamente.

42

—¿La trombosis del pájaro?

24

43

El cedro blanco sube desde el fondo
de tu orgullosa

pelvis

como un guerrero ambiguo, sin armadura,
y nadie sabría si debemos besarte, morderte,
o incendiar la barbacana
para que el espadachín que tanto te admira
pueda seguir creciendo desde el fondo
como el ambiguo

sin armadura,

lentísimo,

o como el cedro incendiándose.

44

Nuestra tía Vitalia cierra el libro

y habla de su parálisis con el Sagrado Corazón de
Jesús, San Buenaventura, San Pedro Damiano, San
Antonio Abad, Santo Domingo de Guzmán, San
Bernardino de Siena.

El primero me dice no pierdas nunca la fe
en los poderes del paralítico

que jubilosamente asume su parálisis.

El segundo me dice ¿por qué te asustas?,

ha llegado la hora de parir.

El tercero toca su flauta

y dice ¿juguemos al tute de caballos bajo la luna?

El cuarto me dice nunca doble lengua, nunca doble
poder, pero doble pánico.

25

El quinto se oculta detrás del clavicordio
y dice no tengas miedo, todos los partos son audaces.
El sexto es tartamudo y me dice tengo miedo,
esta hoguera hablará por mí.
A pesar del vértigo, como si tuviese sangre de
murciélago,
nuestra tía Vitalia sueña con una cadera de
porcelana china.

45

Soy el último hijo de un judío montañés:
Julio cuidaba las cabras
y sus ojos fueron los de un borrego ceremonioso,
astuto,
con la dualidad de los que son tan pobres
como las patas de sus cabras.

—¿Volveré a la Colegiata de Santillana del Mar?

Todo está perdido, felizmente: hasta el absolutismo.
No hay que volver a los santuarios, a esos falsos
lugares
tan bellos como las patas de las cabras
orinándose,
sin saber por qué,
sobre los montes donde mi abuela dio nacimiento
a este cabrero infructuoso.

Cabrito soy: también reverberante.
Desde el exilio veo a mi tío Juan
muriéndose como un birreme sin remos,

26

al estilo judío de las patas de sus cabras que huyen
con el miedo en el hígado,
y aunque el hígado de las cabras no es verde,
todo se ha vuelto verde bajo la luz de la luna.

Llevo calva juvenil, labios de camarón sobre la
torpeza de la lengua, y esta seborrea
como la homosexualidad de las arañas:
la muerte es el ruido
de un cuerpo que entra en otro cuerpo
y sale gateando hacia otro cuerpo:
un puente
por debajo del mar.

Me voy a Santiago de Compostela, estoy cansado
de vivir como un pájaro carbonero,
como el moscón de los huérfanos.
Cabrito fui: también oscuro, odioso, exultante.
¿Quién destruyó las crucerías, los palios, las insignias?
Escapo, me escondo no sé de quién
y corro entre las balaustradas de la Colegiata
donde salta la luna en su membrillo
y el judío grita
y quisiera morderme la nariz.

Soy el bostezo del centurión, los tres últimos huevos
de la tortuga marina.
Corro, devoro mis uñas y Julio me observa con el
sadismo de una caguama
cuando sus ojos ya no tienen la ambigüedad
de los que son tan pobres como las patas de sus cabras.

¿Quién escribe? ¿Se vuelve loco el hijo del judío?
Pero el hígado de Dios es verde, dirá sin báculo,

27

y lo repito ciento veinte veces.
 La sinagoga está vacía, el sol se arrastra
 como el vestigio de la lengua bajo la luna.
 ¿Quién ha visto al último hijo del judío montañés?
 Abandono Santiago de Compostela
 y siento el júbilo del buzo
 recorriendo los falsos lugares.
 Nadie es ya el mismo ruido: sin duda el asco no
 existe.
 Todos los judíos debiéramos ser como los moros.

46

Matisse mantiene oculto el segundo ombligo
 de tu Odalisca,
 y Dominique Ingres
 está desesperado
 como si hubiera perdido el velludo sol de cinco caras.
 Ella duerme mirando hacia atrás, junto a María
 Teresa de Austria,
 con los cóndilos al revés, el ojo
 en cabestrillo,
 el seno sin pezonera
 y las nalgas como el fúnebre flautín de los sonámbulos:
 ¿alguna vez la nieve ha de resbalar muy despacio
 atrapando a la mosca verde?

Matisse muerde la nuez de María Teresa:
 las ventanas están abiertas, las flores en el florero,
 el verano sobre el sillón.
 Ingres nada en el aire del Louvre como un tímalo,

con su ojo iracundo,
 y si descubriese a Matisse le diría tú eres peor que el
 hijo del judío:

nunca doble nariz, nunca doble poder,
 pero doble pánico.
 ¿Eres tú el rey? ¿Posees tú su doble ombligo?
 ¿Dónde lo has enterrado?
 María Teresa de Austria cae de rodillas
 y fue desnudándose bobalicónamente:
 ella es el avestruz

de la comedia
 y si me tocas te mato, si no me tocas te mato.
 La Odalisca se quitó las plumas, el turbante azul,
 la pulsera de calcedonia, el collar
 de cimofana,

los espejitos del vientre,
 el abanico envuelto en las hojas del tabaco,
 las tobilleras de plata, el múltiple
 anillo
 sexual
 y dijo ven, aquí lo tienes, hemos nacido ángeles
 y cultivamos la envidia:
 nunca doble nariz,
 nunca doble poder, pero doble
 ombligo.

¿Mezquindad del fauvista? ¿Blancura del humor?
 El hijo del judío se hundía como un balandro
 devorado por los tímalo,
 y Dominique Ingres bailaba
 comiéndose las uñas.

47

Entre los fresnos, el atrio fue lugar de torturas.
 Más allá vemos la sangre de las tórtolas.
 Más allá de la sangre vemos el jagüey
 del agua donde vienen a beber los decapitados.
 A lo largo de los muros, bajo las almenas de
 mampostería,
 hay un vía crucis incompleto.
 ¿Dónde está el cementerio? ¿Quién escondió las
 cruces?

48

Las lacerías de piedra son un emblema confuso.
 Cuando pasa el tiempo se confunden con los ángeles.
 ¿Alguna vez hablarán aquellos que nunca hablaron?
 Bajo la posa mayor, hacia el poniente, más allá
 de la sangre de las codornices y las ardillas,
 aúllan cien mil lenguas de piedra.

49

Afaf cruza el pórtico
 de los emblemas confusos
 y se detiene bajo el relieve de la circuncisión
 de Cristo.
 Estoy confundida, jamás creí que la bella
 ejerciera los placeres del circunciso.
 Nuestro Señor del Gran Cordel

30

tiene barbas blancas como la cola del zorro,
 pero más allá del pubis
 se oculta el Jubileo de su Andrógino Colonial.

50

Quisiera que Simón Perínez
 haga de tus tobillos una escultura estofada:
 sólo entonces podrías ser como la cola de la anfibena.
 Quisiéramos que el flamenco te quite el brocatel,
 el capacete, el almófar, y hasta la química turca.

¿Todavía cultivas la xenofobia?

51

Manuel de Salas nunca supo comer con los dedos.
 Sus nietos juran que comía con los dedos
 de los pies,

utilizando

la torpeza de las familias audaces.

Su magnanimidad proviene del mercantilismo del
 siglo XIX.

Su cultura de lobo latino jamás fue superior
 a la de José Perfecto de Salas,

consejero político

del gobernador de Chile, Manuel de Amat.

Sin embargo todo se compra
 y sus tataranietos son los escribanos
 de nuestra historia indecente.

31

Desde el pretil de la azotea, sosteniendo almenas
triangulares con saeteras, y sin que ninguno
de nosotros se fije en las esferillas de barro,
mi novia turca me amenaza con el suicidio.
Pero, como los decapitados del atrio,
por sus venas no llega la sangre
sino el agua del jagüey.

Una liebre colorada
sube desde el pubis de Camaxtli hasta sus labios.
No hay puente levadizo, sólo hay plumas, dardos,
el antifaz sombrío y la flecha vertical.
Martín López se subió al fresno de Tlaxcala
y en la noche ha visto la liebre
subiendo hacia los ojos de Camaxtli, pero no lo cree.
Los bergantines asedian Tenochtitlán, pero Camaxtli
no lo cree.
Yo escucho a Piazzolla y no lo creo.
Estuvo lloviendo toda la noche
y en el teatro Regina
no hay puente levadizo y no queda nadie.
Tristemente el bandoneón del 19 de mayo
perdiéndose entre las cuerdas de Kicho
y la viola de Antonio Agri en el Invierno Porteño.
Cuando los bergantines acosaban Tenochtitlán,
y aunque Camaxtli no lo crea,
yo me hice en tangos y la liebre corría más allá del
antifaz moribundo

hasta perderse en la guitarra eléctrica de Cacho Tirao
y el piano de Osvaldo Manzi.

Llegaron los del ántrax en el vientre,
los caballeros de partesana y capacete,
los palatinos de piel como melón y alboroto y canto
fúnebre.

Uno vino corriendo sobre el mar
y todos pensamos que era la Anguila de los Cinco
Océanos,
pero puso una sonaja negra entre sus labios
y comenzó a lanzar truenos y relámpagos.
Parecía que estaba loco porque hasta las zorras
huyeron
y la fragancia de los huilles no tuvo sentido.
¿Volverán las codornices, los totochilos,
las diucas y los chercanes?

Colocolo se sube a la patagua de Tucapel
y en la noche ha visto el asedio de Tenochtitlán, pero
no lo cree.

Aunque los toquis no lo crean, Diego de Ordaz
sigue lanzando rayos
y llora la viola de Antonio Agri en el Invierno
Sangriento.

Camaxtli observa a Colocolo y el canelo incendiándose.
¿Pillán se ha vuelto loco?

Los virotes cuelgan de la serpiente y el ágave se ha
secado.

Los bandoneones, entre las llamas, como un enlutado
de origen,
dan el aullido de las cornamusas
y todos acaban por creer en la vitalidad del cinismo.

**SEGUNDA LLAMADA:
DIÁSPORA CON UN COLMILLO**

Afaf era como el nelumbio

Y los que fuimos bárbaros de pulso fornicante y capaxete palatino, mentiríamos si dijéramos que Afaf nació en Ankara como un arrebató de lo real. Todo batuque es impío, saetero, mentiroso.

Posiblemente mi novia no haya nacido todavía, a pesar de que en la noche del viernes

te vimos cruzando los montes de Bulgaria por el paso de los abedules de Edirne, con tu estoicismo como la piel

de los que nunca seremos bárbaros, aunque ¿quién pudiera decir que no fuimos hijos de la buena voluntad?

Somos hijos del engaño a que fueron sometidos nuestros padres por los dioses del ruido,

del pánico, de la ira exuberante. Sin embargo, durante el otoño nos atreveríamos a sollozar como el avestruz desnudo

de la comedia inédita, jurando que la ignorancia no existe y sólo existen las cábalas del indecente o la manipulación del azar exquisito.

¿Dónde estará muriéndose la resurrecta? Todo es inútil como la audacia infructuosa del joven Brueguel cocinado en sus óleos erráticos, magníficos, zumbantes como el omóplato de Amduscias. Él te buscaría a caballo, te buscaríamos en zorro amarillo, en onagro, en camello por los caminos de Turquía.

Deberemos apresurarnos porque Thor no perdona y es un zorro bebiendo la sangre y el espíritu de las papirusas,

después de morderlas más abajo de la hipófisis.

Afaf era como el nelumbio y desde aquellos días no la hemos vuelto a ver en ningún desierto, en ningún hipogeo, ni siquiera sobre las babas

de los calamares del Bósforo. No dudamos que estuvo viva: de otro modo los alisos no soplarían desde las costas de Uskudar,

aunque el ruido venga de los muertos que nadan y sonríen bajo el mar. El asiriólogo ha dicho que te busquemos en los muelles de Nicosia:

corre un subterráneo desde Alepo hasta los muelles de Nicosia y aquellos que se ríen son los mismos. Se jura que sólo las escorpinas y las barbianas,

aunque su piel sea como la cola del lagarto, pueden huir con la misma rapidez e hidalguía del nautilo, o quién sabe:

todo se ha vuelto como las plumas del mitú, y nadie, nunca, dirá que la hiel de la naturaleza, como su leche,

es absoluta y perdurable.

¿Pero en qué vado están las cámaras, queda algún designio del sitio de los partos, las guías del azafrán

o la sangre de las moribundas que han parido a todo el mundo con el dolor de las meninas?

Ellas vienen huyendo codiciosamente por debajo del océano como buzos que al hundirse en el Mar de Mármara,

entre los pelargonios de Esmirna y las pimientas del balandro amarillo, hubiesen perdido la razón y hasta la fe.

Afaf nació de noche, del agua, como sucede siempre con los hijos de los pecaríes, y jamás será cierto que los cerdos nacieron del aire o de la tierra.

Ninguno de nosotros nace de la tierra: toda cosmogonía se dispersa como los cedros en la edad de las floraciones infantiles, cuando el cielo no llegaba hasta la curva de los petreles

y las codornices de los pueblos más altos eran ciegas, aunque nunca tan ciegas como las codornices helenizadas de Anatolia.

Dijimos que Dios era cruel y los hombres son buenos. He ahí la sierpe sacerdotal de la mentira.

Dije que te buscaríamos en zorro amarillo:

he ahí la piedad,

como sentir la acidez de las barbianas y serpentariamente, contrariamente al hábito, a la conducta de los tímalo,

besarte, luego, desde los pies hacia tu boca, con la fuerza demótica que viene de las costas.

Toda monarquía nace a la sombra de los damascos y los olivos mediterráneos,

como sucede con el dios de la fiebre.

¿Una misma ola bajo el mundo? ¿Quién escribirá, con letra gallarda y perfume de pasionaria, la historia invisible de la diteísta?

Juraban los lacandones que cada vez que alguien levanta su pie, cada vez que alguien levanta su mano, tiemblan las colas del universo

y se busca, aunque debamos irnos, la sabiduría del árbol caído: el poder atlántico, la placenta de una tigresa

sobre cada uno de nosotros.

Pero ni Solimán el Magnífico sabe bajo qué dunas se oculta la semilla del árbol del universo.

Las abuelas dicen que el viento habría destruido no sólo los virotes, las uñas, las plumas, los aserraderos, los acantilados, sino también el semen verde:

los vientos llegan del sur de Nicosia, llegan a Uskudar y a Batum. Vemos la migración de los armadillos,

los herreruelos, las torcazas, los canarios, las mariposas de vientre de caoba, las tortugas de ojo indiviso,

pero ninguno ha podido ver los labios de la diteísta y las bisabuelas dicen que el origen de la muerte es todavía más complejo, como cuando una familia se sienta junto al gran sumidero del mar de agua de lluvia

y todo vuelve a ser pensado.

Las tatarabuelas juran algo distinto: todo conjuro, para vivir, necesita la complicidad de la palabra que provoca el parto de lo divino.

¿Sólo las nebulosas son como los alambiques?

Afaf hubiera dicho que tal vez debamos regresar al inframundo donde la palabra de Dios se conserva obstinadamente virgen.

Nunca podremos creer que antes del desembarco de los dioses no había una piedra, no había un árbol. ¿Y si no hubiese una piedra, si no hubiese un árbol?

Disfrutaríamos, al menos, de la fertilidad del viento. El diteísmo de Afaf es fértil

y lo cultiva en el azar:

ella se perfuma con el espíritu de los albaricoques y, como el adornista, eleva la belleza del expósito.

Todos fuimos huérfanos como mi novia turca. Ninguno nace junto a sus padres:

¿por qué se habrán ido Tepeu y Gucumatz?

Desde la planicie de Anatolia, cada noche, sus ojos dan la vuelta al mundo: hemos querido creer que en el sistema de señales no encuentra su sitio la hija

del engaño minucioso,

cuyos gritos son el rumor de la bestia

atacada por alguna de las enfermedades saturninas: ella pudo venir con el ruido entre los dientes, pero el escorbuto de los

otomanos es tan cruel como las épicas: ella pudo morir antes del dominio de los selyúcidas, antes de que el joven Bruegel te cocinara en sus óleos, cuando te buscábamos a caballo,

en mula, en camello, en lobo, en zorro amarillo por las pampas del mundo, desde el sol de los dálmatas

a los montes de Armenia:

ella pudo ser testigo de la derrota de Selim II en Lepanto, cuando te perseguíamos

en zorros amarillos, en orejudos zorros africanos o montados en los mapaches del sur,

un poco más largos y más fuertes que los isleños: ella se cubría los muslos con su piel y buscaba su mano en el extremo de su brazo, al modo jubiloso de los recién nacidos.

Nada hay tan temible como la orfandad del no-nato y Afaf lo fue siempre, mientras el moribundo bebía su taza de té.

Ella será la desterrada, la involuntaria, la insumisa, y nosotros seguiremos buscando el maíz blanco que el diluvio expulsó de tu sangre,

como en los días del último sismo

cuando murieron los elefantes de cuello alobunado, los osos de color té, las aves del mar, los peces voladores, la culebra marina de labio puntiagudo y cola como un pie sin huesos.

Los patos salvajes abandonan Estambul entre el chillido de los gansos de clavículas finísimas

y el reino utópico de las escandalosas meretrices balcánicas ya no puede mantenerse con vida:

el síndrome del arrepentimiento y las oligofrenias acaban por destruir el casco del bajel más delirante.

Ella pudo haber sido tan abismal como los pezones del califa de Tripolitania y, en tal caso, tal vez hubiéramos abandonado nuestra búsqueda,

puesto que nada es posible cuando las pezoneras no pueden hacer del abismo un establo

con noventa vacas embarazadas y leche amarilla y púrpura. Afortunadamente la realidad es como esas vacas,

aunque el califa declare la guerra de los dispositivos intrauterinos.

Todo es reversible: los júbilos del conflicto nos enseñan que toda ciencia es totémica y pedirle manzanas al manzano sería un exceso de confianza.

A menudo, una ética mendicante recorre el mundo: sólo los ciegos dicen la verdad y su estupidez nos redime del odio del padre.

Ella tuvo las rodillas muy frías, no obstante el poder de sus muslos como zorros huyendo del naufragio de su placenta:

sin duda fue producto de la hégira de todo el pueblo. Bulgaria no tiene montes: ¿será por eso que nunca hemos vuelto a ver tu cabeza de pájaro circense?

Tampoco existen los abedules y Edirne es la nueva mentira. Confusamente podremos dar fe del estoicismo de tu piel escabulléndose por el cosmos e inmóvil como un ballenato al que hubieran herido de muerte.

El resto es irreal como las lubinas de piedra volcánica que vemos en el fondo del Mar Negro,

y toda escena distinta habrá de soportar el presidio en un bol inextinguible.

Las comedias dejaron de ser inéditas y el que muera estará muriéndose en la realidad:

los patetismos no ocultan sino la certeza de aquello que pudimos haber sido cuando te perseguíamos, babeantes, cínicos,

de Uskudar a Uskudar, olvidándonos del juego malevo que ayudábamos a instaurar con el instinto insólito del alevoso:

diríase que la historia es absurda porque obedece al arrebató de lo real. Sin embargo nadie piensa que

la historia es cómica, adventicia, inexpugnable. ¿El epígono de un tango sin ortopedias? ¿La visión do-decafónica del agónico?

Perdió su brillo la cimitarra de Ahmed III y los otomanos inician la hégira de las víctimas del siglo de la razón pura. ¿Tendremos la valentía de licenciarte? Por una vez no hablo de ti sino de la lógica que se resiste

a besar los pezones del califa de las barbas con el color del estío, o las flores del espliego invernal.

Ella tiñó de añil los cordobanes, las suelas, las monturas para los gatos del monte, las correas con hebillas de oro, y estuvo en los talleres metalúrgicos puliendo campanas, estribos, frenos, herrajes, cañones y cureñas. Eran los años de las tribus bárbaras de pulso formicante y capacetes palatino.

Después hubo silencio sobre el mar y en las caba-llerizas donde los soldados vomitaban y la vergüenza era misteriosa: nadie dijo me siento enfermo

y nadie reconocería, durante la luna nueva,

que cada uno de nosotros practica las heterodoxias del taciturno. ¿Cómo volver, entonces, a los júbilos de la búsqueda que recupera su sentido?

Debiéramos huir del oficio de tinieblas

pero nacimos en cuna de madera quemada.

Los testigos habían muerto y Afaf pudo venir como un buzo valiente, sin miedo a las escorpinas que se debilitan bajo el océano.

Está lloviendo, ella se baña en las aguas de Mitilene

y comienza el viaje del pez de ojo amarillo y labio corto, disimulado y corto.

Como escorpina que desconoce las aventuras y el extravío, Afaf desaparece como una de las columnas del Mediterráneo

y su visión es convulsa. Hay fuego en Quío y, por ley, los toros de Esmirna no pueden morir sobre el césped.

Ella hunde sus labios y nada como una mariposa hasta alcanzar las orillas de Rodas, y allí se acuesta entre los árboles: come huevos de perdiz, manzanas, grillos, gusanos y ojos de animal oscuro.

Chipre es el fin: el toro trascendido.

Todo arrebató de lo real será como el toro trascendido.

Tal vez nos acercamos al principio, aun cuando la destreza de los osos niega cualquier arrebató de lo real, aun cuando la heteromancia que tú cultivas niegue la destreza

de los osos.

Nadie se atrevería a levantar una de sus uñas porque más allá de Chipre se acaba el mundo:

non plus ultra de los viejos testigos que juraron en vano cuando Afaf les pidió su ayuda.

Ella iba vestida bajo el verde incandescente y soportaba la capa pluvial sobre sus hombros.

Usa el tocado del Saadi, dijeron las mujeres de Nicosia:

¿será Makeda, la reina de las poluciones vespertinas?

¿Será el avestruz desnudo de la comedia inédita?
¿Será la hija de Tepeu y Gucumatz?

Estivales, éramos los circuncisos detrás de tu sombra: pretendíamos enlabiarte, aprovechando las éticas de tu salacidad legendaria.

Como la barbacoa, como el curanto de las tierras del sur, toda mitología debiera permanecer en cocimiento perpetuo,

pero tu crudeza fue el último de los atentados olímpicos de la época. Más tarde, la nieve cubriría nuestros huesos

y tu capa ya no pudo esconder las timoneras, las remeras, las corbeteras, los astiles, los cañones y las barbas. ¿Y si las leyes fallaban y el toro era intrascendente? La tauromaquia, como la ideología, como la ortopedia, está fuera del limbo de las ciencias puras.

Todo valor es prejuicio, pasión enfriándose como en los juegos artificiales.

El poeta persa jura que las olas nunca regresan, a pesar del espíritu del verano

subiendo hacia la popa de los barcos: los mares del sur de Turquía son duales como la flor de la escabiosa:

sus ovarios vuelven a ser de piedra

y el pistilo mantiene oculto el cóndilo de los dioses del deseo sobre el cáliz y los estambres que son movidos por el viento, como si fueran las vírgenes trabadas

de pezón viril.

¿Eramos turnos queriendo encubrir la desconfianza?

¿Estábamos mutuamente enfermos de sevicia o alevosía?

Alguna noche te dije: si la capa pluvial no sirve para proteger tu pesimismo adolescente, vuélvete contra aquellos que profanaron tu condición de expósita.

Te buscaremos en Famagusta, uña por uña, aunque te hayas escondido en los montes de Trodos

o bajo los algodones sucios. No hay trigos que valgan, no habrá cinabrios ni cantos fúnebres: remonta las corrientes del océano como las escorpinas de cola de hierro

y piel densa como los tallos de los bejucos, hasta que podamos verte llegando a Rodas y luego a Esmirna, a Quío,

a Mitilene, cuando los selyúcidas de Estambul atalayen nuestro paso por el mundo.

¿Te han visto salir de Uskudar con la vehemencia de las muchachas de ovarios exultantes? Los perjuros de la historia dirían, después, que ella solamente fue una cábala.

Pero a pesar de todo nos queda la certidumbre de los testigos erráticos. Por obscena te busco, por bestia, por sonámbula, porque nunca aprendiste a sobrevivir

y eres impetuosa y ambigua y delicada como el error.

TERCERA LLAMADA:
ÉTER O DOXIAS/ORTO DOXIAS

I

Eres descomedida como las barbas del siluro:
todos dirán que hacia ti convergen las leyes del
absurdo y las pasiones en la cabeza de un alfiler.
De guacamaya oscura subiéndose a la torrecilla de
los tormentos,
así fueron los espíritus nervados de poco peralte
que se ocultan entre los senos de María Luisa de
Parma,
mientras el duque de Alcudia se muerde la lengua
bajo tus labios.

¿Quién jugó contigo a las destrezas del avestruz
desnudo?

Los guardias de corps se burlan cuando tú guiñas
el ojo del abuso,
y Carlos IV vomita como un enano desterrado.

Napoleón viene por el norte
y la sangre del cuello de María Luisa
es espesa como el pánico de las golondrinas góticas.
Tiemblan las campanas de las espadañas
y nadie sale en defensa de la reina
que tuvo nariz de ilusionista
y ojos de putilla de bergantín recién pintado.

De noche nos acostaríamos como los cerdos de
Chihuahua,
con las tácticas del amor furioso en la divina
bragadura

donde Manuel Godoy y Álvarez de Faria
puso el montoncito de pólvora.

El monoteísmo ha sido un simulacro:
quién sabe si el punto de partida en la sinestesia
de los artistas futuros que comenten nuestra historia.
Lo real es el testimonio de que el príncipe de Asturias
no nos hubiera perdonado la vida si tú no duermes
con su hijo neurótico de barbas de siluro.
Fue muy triste verlos a los dos:
María Luisa de Parma se había cubierto los tobillos
con polvo de mostaza
y estaba chillando como las aves acuáticas,
pero él no dijo nada:
se quitó el pañuelo de color malva,
se vistió como el avestruz
y se fue para siempre.

II

Sáquenme del túnel:

¿de cuál lado la fiebre,
de cuál lado la quinina?
El duque de Alcudia no se morderá la lengua
bajo tus labios.

Mentiríamos si dijéramos
que Manuel Godoy y Álvarez de Faria
puso el montoncito de pólvora.

Hoy nadie está seguro de lo que hace
y toda bóveda de tracerías acaba en un capitel
confuso.

El ábside fue fúnebre,
los cantos de los ángeles

no tuvieron sexo.

Recuerdo que hasta la sangre estaba seca
y la condesa de Chinchón dijo yo fui.

¿Quién podía creerle?

El virrey del Perú abandonó los muslos
del lechón obeso

y dijo yo te creo, yo soy capaz

de creerte:

¿no eres tú la María Egipcíaca?

Abrázame, dijo María Luisa de Parma: bésame más
allá del atrio,
y los naranjos

aún estaban en flor

cuando Napoleón Bonaparte fue mordiéndome
como un enfermo de asma.

Tienes la memoria del mudéjar de la fábula incierta:
¿por qué me muerdes?

No seré María Luisa, nunca fui Ana Ossorio,
todavía soy el virrey del Perú, y el duque de Alcudia
escupe sobre su espada:

¿no sería bueno que yo fuese
la condesa de Chinchón?

Los que fuimos hijos de Carlos IV de España
hemos de morir

en las hogueras de Bayona,
una vez que los capiteles
confusos

acaben con las crucerías en las bóvedas del presbiterio.
Aunque nadie pueda sacarme del túnel,

Goya

piensa en el error:

¿a qué lado la quinina, de cuál lado la fiebre?

Manuel Godoy se ha confundido

y muere

a María Luisa de Parma con el odio
del avestruz desnudo,

cuando empieza a llover
y Ana Ossorio sube a la torre de los tormentos
y da un grito:

¿quién ha visto a la condesa
de Chinchón?

III

Maléficamente, el universo es infinito
como una novia muriéndose de fanatismo dual:
ella fue la diteísta, tal vez la última en nacer,
ella fue observada por el mundo
con el ojo
del conocimiento.

Toda ley científica es autoritaria
como todo epitafio,
como la ciencia elegíaca o el senescal
que quisiera vender su lengua
a cambio del dominio sobre el espíritu del poeta.
Los ritos ideológicos acaban en los vasos
de cabeza, en las salas de tortura, en la Pirámide
de los Degollados.
Cada ideología tiene su atrio, su presbiterio,
sus esculturas estofadas, su vestíbulo
y el cordón franciscano a modo de serpiente.

¿Quién saldrá en defensa del gimnosofista
cuando las ciencias del hombre
quieran erradicar la fábula?

Trasímaco descubrió que la ley era falsa
porque los dos ojos pueden estar a un lado de la
nariz,

como ha sucedido desde que las ciencias puras
demostraron la frialdad del movimiento,
su impericia, su quietud.

La ciencia es grosera, fabulosa, idealista
y se atormenta con el sueño de la nariz rupestre
entre dos ojos.

Pero no todo es legal:

también se abre una puerta

y el toro sonríe sobre el césped.

IV

Debí untarme los ojos con aceite vaginal
y habría sido el acto más suntuoso de la fe.
Sin embargo las dudas de Caín

son respetables
y a mi corteza frontal no llegan las artes de la liturgia
ni el humanismo gracioso de los paganos.
Deseo defenderme de la memoria
y untarme los ojos con aceite de mujer virgen,
pero la fatuidad de la inteligencia es corrosiva
como los estados de ánimo del cómico.
Del lóbulo occipital a la corteza frontal no se
extiende
el puente levadizo

como el puente invisible

que hay entre una palabra y su doble:
todo se reduce a una cadena de células,
como en la visión del obnubilado.

Fui el cálculo inútil del espontáneo, el nonato
escéptico,

el convulso,
el epicúreo cubierto de pelagra.
Y antes de la duda, durante el turno del ofendido,
llegué a creer en la sensualidad del egoísmo
pero hoy no sabría decir qué hay detrás de todo:
sumisamente los muertos siguen en pie,

descalzos,
con las furias parricidas del niño cojo,
con la diplomacia del testigo.

Esconde tu vista, eres nadie, como Crisipo:
el onanista fértil

de la comedia abstracta.
Todo caballero audaz practica la soberbia del
anonimato
y sabe que la pedagogía ha sido siempre una
simulación.

La soberbia es inmanente,
preciosa,
como el legado de los hidalgos.
Cría hidalgos y en tu bocio
se ha de marcar la oligofrenia del ruin.
Como las avutardas,
nunca sabremos quién devorará
nuestras lenguas
con su espíritu del color del ciruelo.

Ninguno, ruinmente, sabe para quién se muere
y nadie diría que fuimos devorados
por nuestra sangre divina.
Los dioses, a veces, no se equivocan
y son capaces de defenderse contra la memoria.

El fatalismo es engañoso como la música del laúd:
no me digan que nada existe

y que Platón
fue sólo un signo.

Semiótica insurrecta, semántica
de los desesperados.

Melancólico, melancólico:

¿avestruz al fin?

V

¿Lavabo colectivo junto a la escalera
de la sacristía del templo de Huexotzingo?
Degollatorio de las mujeres astutas, querrás decir,
o el cementerio de las hijas de Camaxtli,
aquellas viudas

muertas

cuando iban a embarazarse
nuevamente.

Por la noche se oyen los bramidos de las niñas
y todo himen cumple el ciclo de la epifanía
y se desgarran como una prueba de la gloria culpable.
El espíritu del Nuevo Mundo es un nonato
de fines del siglo XV
desangrándose sobre las palanganas de barro

y las caobas celestiales.

Dios es cruel

pero las espadas son hermosas,
querrás decir,

y todo cuello de ultramar

debiera padecer la velocidad de la belleza.

Hemos nacido bajo el lamento de las avutardas

y sin embargo nadie se da cuenta del terror:

los que fuimos felices,

hipocondríacos,

espectaculares,

hemos perdido la confianza

y ninguno se atreve a llorar desde las almenas de
mampostería.

Orozimbo se come los mocos, como en el primer día
del mundo,

y las palomas dicen

¿cuál es el último

arrebato de lo real?

Sólo Edipo solloza con la ternura del andrógino

y no sabe qué hacer porque siempre estará desnudo
como el hijo del avestruz de la comedia.

El toro se mira en el espejo

y no sabe por dónde vendrá la noche:

el toro se mira

y canta como un suicida con el brillo de la espada de

Dios entre los ojos.

El toro

sospecha

que los toros no cantan

y ha vuelto a ser feliz, hipocondríaco, espectacular,

cuando el más calvo de los monjes

toca su allegro en el órgano de 1656.

Camaxtli descende del fresno y sufre con el vuelo
de las torcazas

que dominan el transcurso de la memoria.

Con ojos de cernícalo,

el cazador

viene a hundirse

en el fondo del lavabo colectivo

donde se cumple el ciclo de la sangre

y desaparece

el toro

agónico

sobre el césped.

VI

Afaf me mira y me dice:

¿cómo se atraen dos cuerpos?

En relación obstinadamente proporcional

a sus envidias, sus pánicos, sus abismos,

e inversamente proporcional al cubo elegíaco

que nos divide.

VII

Esta envidia es descomunal como el síndrome

del acaudalado de ojos elefantinos

que acaba de convertirse en la antítesis del petimetre,

y nunca sabrá si su conducta esconde la patología del

noctámbulo

o el amor del teofilántropo.

Fui, no había nadie, éramos elegantes.
Fui figurín, fui niño gótico.
¿Y ahora quién soy?
Muero de tan macho, muero el hueso
cuando lascivamente pierdo el equilibrio
y el testículo es historia antigua.

¿Soy el muerto de pie?

VIII

Vi el arrebató del pipistrelo elefantino
y me desmayé, como Amduscias, muy pompeyano
de ojos.
Sutil fue la falta de angustia,
el extremo
de pena y gozo junto.

¿Recordaremos nuestro anémico escándalo?

IX

¿Autorretrato?

Descubrid
el simulacro póstumo
del teomaníaco
depresivo.

X

En el quimificatorio devoraré tu escolástica,
los complejos de la duda, los residuos del quilombo,

el desdoblamiento de tus labios de verdugo,
tu piel como un ábside glorioso.
Tú serás el quimo del mirmidón dormido,
la pécora

de ojos
como ciruelas claudias.

XI

¿Cuál es el síndrome del teomaníaco depresivo?
Pintar un silbido, escribir un murciélago,
sollozar cuando el sol se levanta,
abrirse las venas y escupir sobre el primero que pasa,
siempre que sea el gavilán de la comedia
o el hijo del avestruz embrutecido por la sombra
del sexo de la elefanta
que lo desea codiciosamente.

XII

La filarmónica toca el tango
de la teomanía
y mi papá se cuelga del cuello de mi hermana
y ambos bailan
como antiguos
al compás de la sangre que nunca sale del río
y no corre hacia el río.

XIII

—¿Quién inflamó los testículos divinos?
Que dé un paso de perfil
la pécora celeste

o el andrógino de las intrigas
con olor

a flamboyant.

XIV

Afaf tocaba la trompa marina
y nadie supo con qué perfil,
ninguno con qué oreja.
Nunca se supo cómo tocaba la trompa
cuando la descubrimos.
Nunca se supo con qué perfil,
cuando Afaf estuvo tendida sobre la cuerda
tocando como si tocara la nebulosa del trompo.

XV

La quimificación de la bella,
sólo cuando la bestia
devore sus rosas sin asco,
sin la astucia del convicto,
con el sol
y su coda.

XVI

Este gato tuvo labios verdes
y un solo ojo en la frente.
Desde el puente levadizo
lo veo persiguiendo a las ratas
de ojos verdes
y un solo labio en la frente.

XVII

Algún día triunfará la metafísica
y no sabremos distinguir el soma de la cimofana
o el clítoris de la tróclea.
¿Quién abrió el esternón de la petunia
del ombligo escandaloso
como el ojo rosacruz del oculista?
¿Fue el amero del tango
con el cuchillo en el hueso, fue la cara de hueso del
bisnieto
de los corsos holandeses, o tal vez la bella
que sólo ha visto al hombre sollozando como un
caballo lechero
frente al espejo?

Algún día seremos absolutistas
y nadie podrá distinguir el rayo láser de la metafísica
o el misticismo de la criobiología.
Será una injusticia, como el olor de la marimanta,
pensar que los hombres son inmortales y barrocos.
¿Sería como las gulas del suicida?
Sería, cuando menos, como la fruición del nihil.

XVIII

Estrambóticamente,
el teléfono verde
se me cae
de las manos de Afaf
y el tango
del teomaníaco
acaba con una nube en el ojo

donde el gato habría puesto sus uñas.
Llamo al 03

y el carillón se queda mudo.

Decapitada,

la bella

me muestra sólo la punta

de mi lengua.

—¿Estoy

en Galta

o no he salido del patíbulo?

XIX

Estamos en la Quinta Santa Nicolasa de Apoquindo
y mi madre, por detrás del tango,

es el imperdible de oro en el fajín de mi papá.

Todavía no hierve la sangre en la franela

y el amor es un simulacro.

Él me dice que la puntadilla no lo deja vivir.

¿Otro tango para el aprendiz de detective,

para el exiliado sin cogollo?

Me duele la tróclea, amor mío, ¿vámonos?

Nunca, hasta que dejes de sollozar

como la mujer del quebrantahuesos.

El violín es el perico escandaloso que todo lo descubre

y mi padre saliva con la velocidad del perico y su
doble.

Beato Sebastián de Aparicio, ¿por qué no me hablas
en francés?

Nunca, Orozimbo puede oírnos, ¿vámonos?

Nunca, tus ojos son como el vello de las ciruelas
mirabel.

La beatería del primer violín es capciosa
y mi mamá saliva como un violinista inoportuno.
El mozo trae la cuenta y se agita el bigote
del galán pálido
al compás del codo que se fue.

XX

Era dodecafónica la muerte que nos quiso venir:
tuvo las piernas del tímido y aquella debilidad del
diablo

cuando en el mundo sólo vivían los árboles.

Después, nadie supo cómo, llegaron los reyes
teocráticos

y todo fue confuso como el agua:

los rinocerontes comenzaron a volar hacia el oeste

cuando los hipopótamos volaban hacia el oeste.

Muchos dicen que la teoría dice lo indecible:

los empíricos juran que así fue siempre

y siempre fue así.

Antes de la agonía de las avutardas,

durante el vuelo de los árboles,

nadie dijo que la conducta cambiaba con el viento.

Sin embargo el viento persigue a las avutardas

y no sabemos el destino

de los doce sonidos de la muerte

que nos quiere venir.

XXI

Sin las dudas del porteño,

odiosa

me marcarás con los fuegos del carimbo
y yo no sabré cómo revivir en el vuelo
de las moscas.

Todo se ha vuelto demasiado verde
y confuso

—osillo, osillo, lo lúdico
es lo agónico—
como tus labios de mujer astuta.

XXII

Argentina, obstinadamente ¿toda verdad es artificial?
Sólo el caballo de mar de lo ficticio
es único.

Dígase, verbigracia:

—los sufrimientos de plástico
acaban por ser sufrimientos de plástico.
Reconozcamos que todo se parece mucho a los juegos
de la sangre,

como en los fuegos de artificio.

Llora dos veces, por si acaso, llora tres veces
y no te levantes con las muñecas rayadas:
deja que la gillette viva su vida de perros
y trátala con la sumisión del yo que te quiere.
¿Por qué me das en los filos, por qué cortarse las
venas?

Abandona la suntuosidad de los tatuajes, mi Amado
Nervo.

XXIII

—Estábamos en invierno
y había un espejo
llorando frente a un hombre.

XXIV

Nuestro amor
fue
como colgar la carne
molida
en un gancho.

XXV

Una vez más el nihilismo enclítico
de los calabozos
privados.
Una vez más la estética del lingüista
de hierro:
una vez la moral del elegido.

XXVI

¿Será cierto que el hipo se cura de golpe?
Ayer vino a verme el enano más gordo
y me dijo que el hipo se cura de golpe.
Además quiso decirme si todavía estaba yo dispuesto.

Derecha la flecha al pecho, le dije, casi mudo:
te doy mi m(n)udo
y le pasé un lavaojos con mi corazón adentro.
Entonces el enano se puso de pie, enarbolándose,
y me dio el golpe del hipo del cura
cuando yo esperaba las contradicciones del golpe del
hipo.

XXVII

Fue de conducta concupiscible
la turbia Aspasia de Mileto, y el poeta
de la estúpida comedia
no supo por dónde comenzar,
cuando en las noches corrían las yeguas contrarias
y los caballos vomitaban con el juicio
trunco
y el cabestrillo mundial.

XXVIII

—¿Qué me sucede, Palmira, pues ya ni me asusta
la voz de mi madre?
Más allá de los abedules,
con una bufanda escocesa que le cubre las sienes,
hay un hombre como un cadete apaleando a un
espejo
y riéndose, capicúa, como si fuera mi madre.

XXIX

—Sólo creo en las matemáticas divinas
aunque a veces me retracto:
¿cuántas moscas
son tres dioses?

XXX

Fermín Culebro dice que el origen de la sonrisa
está en el barro.

Desde entonces la violación y el salto
parabólico de la sonrisa,
hasta un poco después del colapso del clásico tardío.
Eran los días de la carcajada en la plástica mundial,
cuando no hubo babas con capacete, salvamanteles
ensangrentados, locura en los trabucos
y alzacuellos del color de las plumas de los paujjes.
Fermín diría que fue el mixtifori colosal,
como un brocamantón de brillantes en el pecho
de la mujer astuta.
Con su cojera, torcaz, corrió el humo del chibuquí
del cura
por encima de las gafas grises del capitán Enrico
Albornoz,
el del lóbulo disímil y el ojo expósito.
Hubieras sido bestia, Enrico, puesto que así lo
profetiza
el nigromante del bigote amarillo.
(Sin embargo, la ley de las compensaciones naturales
dispuso que tú fueras el aceitero de los trabucos locos,

el indiviso monstruo femenino, la cornamusa
fraudulenta,
el monoteísta de las bolas de plata, el curtidor,
el zamborotudo.

Digamos que antes del caballo blanco,
mucho antes de Odín y antes de las febrilidades
de Colombo,
en el año novecientos, entre los yugos lisos de
basalto,
fue la decadencia del dios de la sonrisa quíntuple.
Ardía el monocordio del cura y el gato estaba
lamiendo
las botas de piel de zorra de David Aúnn,
ese mecánico en espejuelos por su cuenta
que vino de Málaga cuando las tropas napoleónicas
degollaron
a los hijos de los comerciantes de cuello demasiado
largo.
Fermín Culebro dirá que todo sucedió en la época
del almodrote,
durante el triunfo de los ablandabrevas.
Y cuando pasen los años, aquellos dioses habrán
perdido
hasta la voluptuosa clara de huevo
que alguna vez hubo en su sonrisa.

XXXI

A visitarme viene el cadáver de mi abuelo Julio
montado en las ancas de la Duquesa
y ella dice quiero mi azúcar, quiero mi azúcar.

Este abuelo da un salto y, como Rubén Darío,
bebe el febrífugo después de haber sido picado
por la tímida paloma venusiana.
Cuida tu cornalina, grita Fermín Culebro:
dale un poco de azúcar si te lo pide con la frigidez
de su labio africano, sumisamente, pero cuida tu
cornalina
como si fuera el cuerno palatino del toro del virrey.
Mi abuelo sufre de fotofobia y de mula tiene el
tímpano
pero todo lo escucha con la audacia del ballestero
desconocido.
—Ya nada es posible, Tristana es un poco
mariparda,
inocente, y yo soy indigno de su amor.
Ella fue la nadada parabólica del cuerpo, la novia
del caballero audaz, la hija
del dios del trípode
y nadie podría obligarme a decir lo que no siento.
Para mí serás la perdularia, la camandulera, la
menestral
y te acepto tal como eres.
—Está bien, don Julio, yo sólo quise advertirle
que tuviera cuidado con el vuelo de las canarias de
ojo rapaz y uñas celestes.

Cállate, Fermín Culebro
y déjame

tranquilo:

¿por qué no tiras
de tu propia cuerda?

XXXII

¿Qué fue de tu vida, Enrico Alborno?

Dirás que todo es mentira,

mentira es el lamento.

Como un pavo con su copete vergonzante, yo me pregunto

¿qué fue de tu lamento, cuándo conociste a Fermín Culebro?

Tú eras el capitán del ojo indómito, el jabirú con uñas

de cernícalo, la emperatriz

de los aceites infernales.

¿Cómo conociste a Fermín Culebro?

Digamos que antes del caballo blanco, mucho antes de Votán

y antes de la decadencia parabólica del dios de la sonrisa.

Eras el amante indeciso, el jugador de pelota, el verdugo exquisito,

el autor

intelectual del incendio del monocordio del cura, cuando la gata Urra lamía los tobillos

del mecánico en espejuelos por su cuenta.

Pero ¿cómo conociste a Fermín Culebro?

Palmira Sánchez de Aúnn fue la duquesa de los nueve nervios

que te hizo perder el sentido de la lengua maternal y descompuso el registro

de tu cornamusa.

Nadie diría, sin embargo, que fuiste el último hijo de los prestamistas de cuello displicente.

Ella hubiese sido nieta de María Luisa de Parma si Manuel Godoy no se hubiera opuesto al mestizaje de las copas comunicantes.

A pesar de todo,

la sangre es tardía, impura,

y ninguno dejará de ser el nieto en nuestra historia.

Pero ¿cómo conociste a Fermín Culebro?

¿Un poco después del colapso del clásico tardío o cuando todavía éramos duales como el dios del trípode?

¿Qué fue del humo del cura,

tedioso Enrico Alborno?

Digamos que nada es mentira

¿como Fermín Culebro?

XXXIII

Vuela

el loro por debajo

de la cola de la gata Urra

cuando se sube al fresno

levanta las cejas

sonríe

da el quinto salto

y dice

¿cuál

es

la realidad?

XXXIV

—Por un descuido de Dios,

el Azar

existe. ¿O más bien el Toro
de la duda
o el esperpéntico avestruz
de la Tarumba?

XXXV

¿Y si en lugar de llamarse Enrico Albornoz
se hubiese llamado Sor Juana de Arco,
qué habría sucedido?
Sálvanos, Jesucristo: tal vez no hubiera sucedido
nada
si en lugar de llamarse Sor Juana Inés de la Cruz
se hubiese llamado Fermín Culebro.

XXXVI

Amanece bajo los cocoteros
cuando José Martí tiraba de la cuerda
como el loco del torreón destruido.
A un lado del espejo llovía góticamente
y eran oblicuos los ojos del pavo real
que vino a descifrarnos el último mensaje:
todo está tranquilo, no tengan miedo,
tiren de la cuerda y no se reventará.

XXXVII

La gata Urra está dando de mamar
a los cuatro gansos de la comedia.
Sin embargo los gansos no dicen
cuál es la realidad.

Sólo Edipo dice que los gansos
siguen impúdicamente el consejo divino:
cuando se mama no se habla.

XXXVIII

Afaf olvidó la receta
y ya no puede con la mermelada de rosas turcas.
No desesperes, leonina, el tiempo está muy frío
y me hincó a resolver el teorema de los tres pares.
Ella se viste, pinta sus labios, cruza el puente levadizo
y llega al sótano de los perros de hocico púrpura
y lenguas deslumbrantes.
A menudo me retracto: sin embargo estoy
graciosamente confuso
con el rectángulo de los tres pares.
¿Cuántas monjas son tres moscas?

La gata Urra viene a lamer mis tobillos
y siento el abismo desde el lóbulo occipital al lóbulo
frontal.

Todo futuro será como una reina helada,
como colgar carne molida desde el coro.

El torreón de los ceremoniales fue cerrado para
siempre.

Ya nadie será capaz de encender el fuego.
Barroco, elegante, fúlmine, audaz, pero ¿de qué me
sirve
todo esto?

Afuera ya no llueve, tal vez esté lloviendo,
la lluvia nos enloquece
desde el lóbulo frontal al lóbulo occipital.

¿Qué se hizo la turbulenta?
¿Es verdad que aún sigue lloviendo?

Los odios del viernes, las babas de la gata,
las azucenas del Japón, el flujo menstrual de las
monjas,
los gritos del Trauco, las matraquerías del sur,
las toletoles lacustres, el llanto de los toquis,
las leyes de Amduscias.

Ella se desviste, pinta sus labios, abandona el puente
levadizo
y malherida corre —érase aérea en su anacoluto—,
babea y chilla entre dos perros.

XXXIX

¿Y si en lugar de llamarse Fermín Culebro
se hubiese llamado

Fermín Culebro,
qué habría sucedido?
Posiblemente no hubiera sucedido nada
si en lugar de llamarse Fermín

Culebro
se hubiese llamado

Fermín Culebro.

XL

Santa Mónica está llorando
por culpa del parto en cucullas.

Santa Mónica dice ¿cuándo vamos a parir como
los dioses?

Santa Mónica es internada en la incubadora de
Numidia,

junto a las minas de hierro y plomo,
a un lado de los fosfatos del mundo
y sobre los huesos de su hijo.

Ella piensa que el niño, como el avestruz o el toro,
debe permanecer bajo el pecho de su madre.

XLI

Érase una vez
un hombre cóncavo
ladrando junto al ladrón
de los sonidos
convexos.

XLII

—Anoche, desde mi cama, oí el grito de una mujer
que gozaba.

XLIII

Como Numa Pompilio,
bajo las llamas
agito el cuello venialmente,
pero la leyenda es cruel:

nadie me oye, todos
 dirán que nadie me oye.
 ¿Dónde están los amigos?
 Este cuello sangra
 y el último de mis hermanos
 cambia mi piel
 por otra piel que se desangra.

XLIV

—Seré el último hijo
 del esperpéntico plagio final.

XLV

Nunca estoy muy
 seguro, pero se los prometo.

ÍNDICE

Advertencia.	5
Primera llamada:	
Ortodoxias/heterodoxias	7
Segunda llamada:	
Díaspóra con un colmillo	35
Tercera llamada:	
Éter o doxias/orto doxias	49

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos, se terminó la impresión de *Ceremonias de Afa* (1975-1979), en los talleres de Litográfica Cultural Mexicana, S. A., el día 30 de julio de 1979. La edición consta de 1 500 ejemplares.